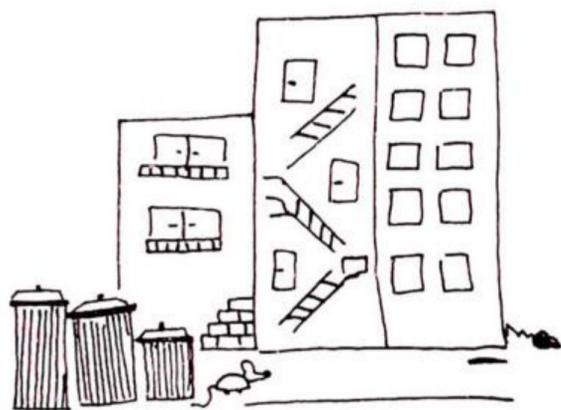


no entrar en otros aspectos. Puede esgrimirse en su defensa que ese volumen va dirigido a un público que desea "ver", "deleitarse", "tener un panorama" sin mayores complicaciones, de la arquitectura colombiana.

Pero en el presente caso las cosas son bien distintas. Primero, porque es la Bienal de Arquitectura Colombiana, el mayor evento de este tipo con que cuenta el país. Segundo, porque está avalado por nada más ni nada menos que la Sociedad Colombiana de Arquitectos, según consta en el *copyright*. Y tercero, y no por eso menos importante, porque es un libro imprescindible de consulta entre los consagrados como los aspirantes a serlo como los estudiantes de arquitectura o como por los que no son ni lo uno ni lo otro ni lo otro.

Por lo tanto, para hablar en términos de mercadeo, el "público objetivo" es totalmente diferente.



Quisiéramos ver la cara de un estudiante de arquitectura de sexto semestre al intentar comprender un edificio, léase el majestuoso e imponente de Daniel Bermúdez, al cual le han suprimido muchos planos, como por ejemplo los de la circulación. Por lo menos quedará horrorizado. Es tan grave esto como si a *Cien años de soledad* el editor le hubiera cortado el final porque el libro estaba quedando muy largo. Quisiéramos ver la cara de asombro de un profesor de arquitectura de Canadá o Austria o España, al comprobar que la calidad gráfica del libro no se compadece con la insuficiencia de la información, vital en este tipo de publicaciones. Y finalmente, para no alargar la lista de la Historia Universal de la Infamia, quisiéramos

ver la mueca de desaprobación de los propios arquitectos incluidos al comprobar que su obra no está lo suficientemente clarificada.

En un país como el nuestro, donde la tradición y calidad arquitectónica cuentan con un reconocimiento internacional, flaco favor hace este libro en aras de apuntalar su seriedad.

¿Valdrá la pena satisfacer los gustos de una clientela medianamente interesada sacrificando los principios básicos de la Bienal? La respuesta está implícita en los renglones anteriores.

RAMÓN COTE BARAIBAR

Para ser peligroso también hay que hacer mérito

Tirando línea

Mauricio Torres Maldonado (*Mauto*)
G. M. Editores, Villavicencio, 1999,
205 págs.

En Colombia han existido muy buenos caricaturistas, como Ricardo Rendón, Héctor Osuna, Jairo Barragán (Naide), Elkin Obregón, Vladdo, Carlos Mario Gallego (Mico), para mencionar sólo un puñado, de antes y de ahora, que han logrado, a lo largo de muchos años, consolidar un alto gusto por la caricatura en el público lector de varias generaciones.

Y existen también muchos malos, que publican sólo porque, a veces, están emparentados con el dueño del periódico, o porque el dueño del periódico considera de poca importancia el cuadrado donde aparecen los muñecos de la página editorial, mero relleno o simple réplica de lo que él dice, casi siempre con igual torpeza, en la columna de arriba del cuadrado, comúnmente llamada Editorial.

En ello, es obvio, se equivocan de tajo, y eso sólo demuestra una más de las facetas de nuestro gran pro-

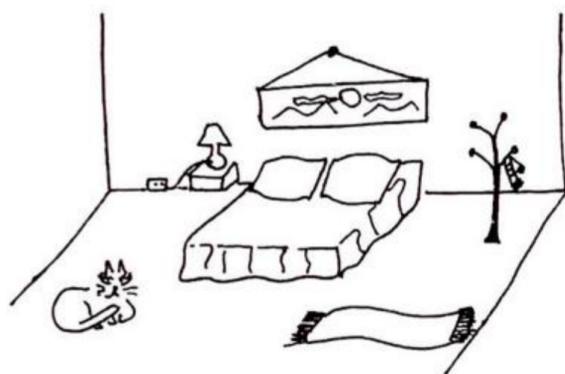
vincialismo, superado apenas, creo, por El Espectador en la continuidad e independencia que le propició (hasta su renuncia) a Héctor Osuna, quien es, en cierto modo, el gran prócer de nuestros caricaturistas, sólo comparable con Ricardo Rendón, también gran colaborador en su momento de esa casa editorial. Ellos dos, los más logrados y atendidos caricaturistas del país, son eminentemente políticos. Y han contribuido a entender la realidad de ese mundo de mañas y mentiras que es la política, casi sin excepción. Sobre todo porque, además de un sentido de independencia a toda prueba, están dotados de cualidades excepcionales en el arte del dibujo. Y de un urticante humor que nunca cayó ni en el facilismo ni en la obviedad ni en el libelo. El acoso y la inmediatez del impredecible acontecer de la realidad colombiana nunca fueron óbices para que esas caricaturas de periódicos y revistas puedan aún hoy mirarse y leerse con verdadero gusto. Allí hay una parte imprescindible de nuestra historia, vista sin sesgos ni acomodados, y con la generosa ventaja que propician el humor y la crítica.

Tal vez por una suerte de tradición o de influencia en el aspecto estrictamente político, o porque el nuestro es un país donde nunca han faltado razones para que hasta el más improvisado hijo de vecino, como en el fútbol, opine y "resuelva" todos los asuntos de la vida pública, absuelva o condene a toda suerte de protagonistas y no protagonistas, tal vez por ello, digo, nuestros caricaturistas, en gran número, caminan también en esa cuerda floja que es el tema político. Y porque es una servidumbre muchas veces exigida por quienes manejan los grandes medios escritos, sin duda.

A aquellos que mencioné al principio puede atribuírseles la precisión absoluta de la frase de Charles Baudelaire (París, 1821-1867) acerca de ese arte que tanto apasionó al autor de *Las flores del mal*: "La caricatura es doble: el dibujo y la idea: el dibujo violento, la idea mordiente y velada"¹. Y ésta del argentino E. L. Revol: "Es un hecho seguro

que la mejor caricatura no nos dejará nunca la sensación del ejercicio trabajoso: espontaneidad es el dato que de entrada la distingue”².

Tirando línea es un libro de caricaturas de Mauricio Torres Maldonado (Mauto) (Villavicencio, 1961), “selección de caricaturas publicadas en diferentes medios de comunicación en los últimos quince años, y algunas inéditas”, según reza al comienzo. Un libro realizado con el apoyo del Fondo Mixto de Promoción de Cultura y las Artes del Meta.



Caricaturista de marcado tinte político, casi todo este libro está dedicado a lo que comúnmente se denomina “denuncia”. De los malos servicios públicos, de la corrupción de altos, medianos y bajos empleados del Estado, del cinismo de los políticos, de los malos salarios, del yugo de los gringos, de la represión, de... El último capítulo lo denomina “En líneas generales”, donde podría pensarse que atenúa ese carácter beligerante del resto del libro, pero hasta allí mismo lo persigue el afán de denunciar. Cualquiera puede argumentar, a favor de esta tendencia, que ése es el país que tenemos, en términos generales. Pero está lejos de ser efectivo este libro en todas sus intenciones, porque su autor parece olvidar ese precepto, que debe ser axioma, según el cual la calidad debe estar por encima de cualquiera otra circunstancia para lograr el objetivo de llamar la atención aun del más desprevenido de los lectores. En un artículo de *Gaceta*, de agosto de 1991, la artista Beatriz González dice que “la solución clásica del enfrentamiento poder/caricatura ha sido, a través de la historia, la prisión, la destrucción de las obras y de las im-

prentas, y el destierro”. Creo que nada de esto le ocurrirá al caricaturista Mauto, porque también el poder tiene entendido cuál es el arte que más daño le hace, y, dicho arte, hoy, no es el de aquel lenguaje trillado a que hemos aludido, sino el del verdadero humor, el de la fina ironía, el de los dados cargados de la inteligencia. Era un Rendón, era un Klim, es un Osuna. Para ser peligroso y perseguido también hay que hacer méritos.

Además de esa reiteración inclemente y machacona sobre la realidad del país, es necesario anotar la pobre destreza del autor en lo puramente formal, la línea sin decisión de su dibujo, su escasa cualidad de fisonomista. El trazo de Mauto carece de gracia y de estilo, dos elementos que, en ocasiones, salvan un mal tema, o un tema donde el autor se “descacha”. Esos casos en que uno puede decir tranquilamente que la forma es el contenido. Aquí no.

Cuando Baudelaire en su frase dice “dibujo violento”, alude a la efectividad que, como un estilete, tiene el dibujo rápido, limpio, expresivo, sutil. No cargado, que es lo que parece entender el caricaturista de aquí, tomándose literalmente, tal vez sin saberlo, el origen de la palabra caricatura: *caricare* (italiano): cargar. Tampoco tiene ideas “mordientes y veladas”, sino frases, como dije, trilladas. El humor no puede carecer de sutileza porque se vuelve patetismo, obviedad, ruido. Ésa es la condición para que lo que se diga no caiga en la rutina del lenguaje inexpressivo, vacío de tanto repetirse, aunque lo acompañe su dosis de “razón”. Un caso, de los tantos en este libro, es el de la representación de una pitonisa que predice la suerte del país en su bola de cristal ante la figura famélica de un campesino, y le dice que “se vislumbra un ‘ligero’ atraso para Colombia en el año 2000”, a lo cual el campesino le increpa, manoteando: “Pero, por Dios, ¿en qué vamos a ser los primeros?”, y la bruja dice: “Colombia será el **PRIMER TUGURIO** [subrayado de él] de Latinoamérica... y símbolo mundial de corrupción y violencia”.

Como se ve, hay aquí un discurso excesivo, pero no mordiente. Y sería aburrido citar más ejemplos.

Lastimosamente, hay que admitir que se publican en Colombia muy pocos libros de buena caricatura. En una cantidad, se entiende, proporcional a los buenos caricaturistas. Y aceptando, por ejemplo, que un Caballero está lejos de ser un auténtico caricaturista. Que es de aquellos que sólo tienen “ideas mordientes”.

Están ya muy lejos las fechas en que Naide, Osuna, Mico y Obregón publicaron sus, esos sí, buenos libros. Una lástima que la mala literatura no ceda el campo al buen humor, en un país de mucha vana trascendencia y de muy mala leche.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

1. Citado por E. L. Revol en “De la caricatura a los cómics”, revista *Eco*, núm. 160, Bogotá, febrero de 1974, pág. 407.
2. *Ibíd.*, pág. 408.

Superlitio, Aterciopelados, La Pestilencia, Ultrágeno, Ión, Sha-í...

Rock al Parque 1995-2000

Varios autores

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Observatorio de Cultura Urbana, Museo de Desarrollo Urbano, Prensa Moderna, Bogotá, 2001, 120 págs, il.

En momentos en que se llevaba a cabo la primera y —desde entonces y por ahora indefinidamente— última versión del evento cultural musical dirigido a los jóvenes, salió a la luz pública esta edición de un registro fotográfico comentado y prologado desde la perspectiva de mostrar el proceso de legitimación social del *rock* colombiano y la puesta a prueba de la capacidad del gobierno local para desarrollar una nueva forma de “política” de cultura.